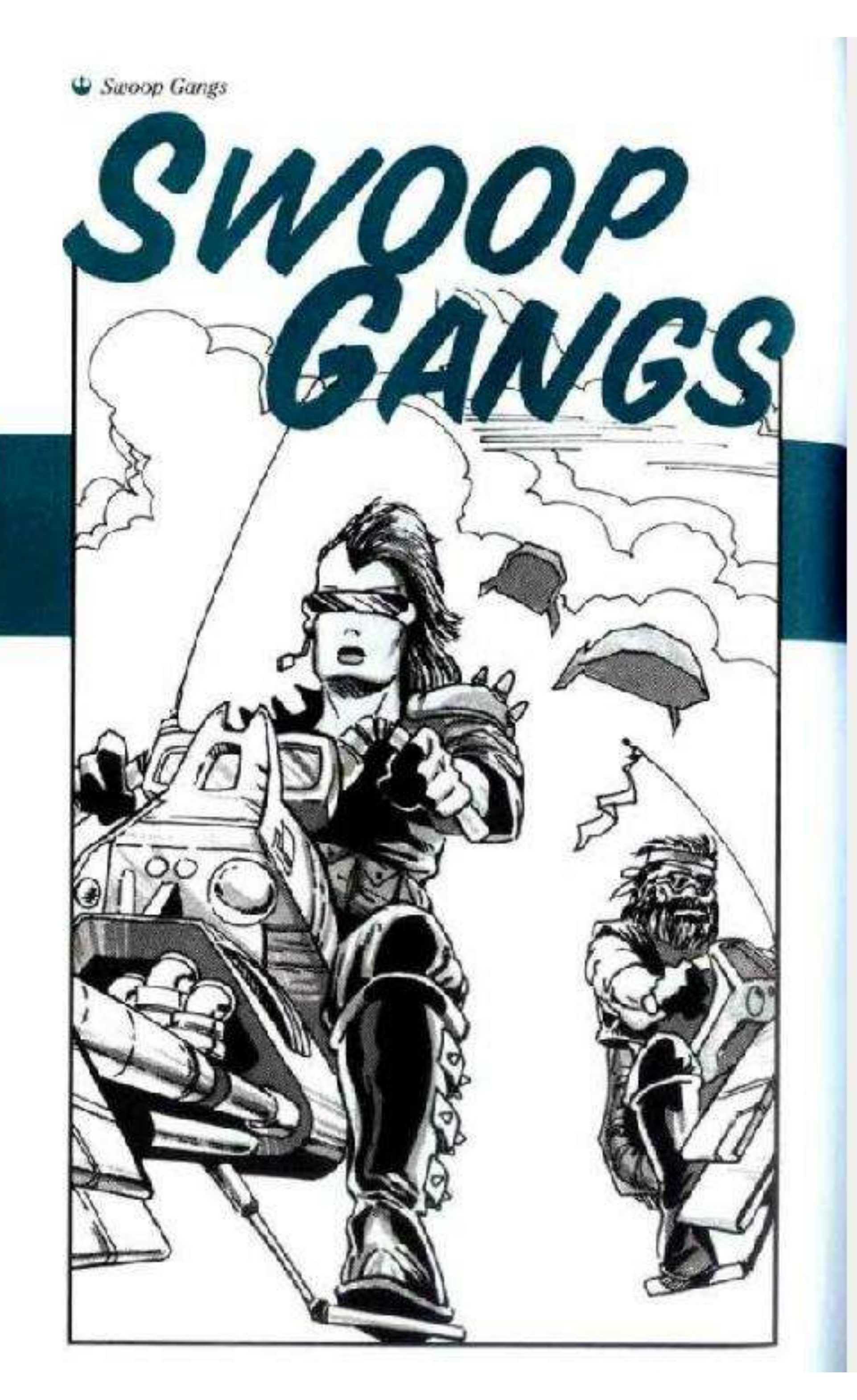

SWOOP
GANGS

Bandas de moteros. Si mencionas estas palabras en cualquier reunión debes estar preparado para una avalancha de opiniones e imágenes conflictivas. Para algunos, las barredoras y aquellos que las conducen sólo conjuran imágenes de los criminales y psicóticos anti-sociales de los que informan las Redes de Noticias. Otros ven a las bandas de moteros como héroes independientes con medios cuestionables pero buenas intenciones. Hasta cierto punto ambas imágenes son correctas. Las metas, motivaciones y moral de las bandas de moteros individuales son tan diversas como los ambientes que habitan, haciendo que no haya dos bandas exactamente idénticas.



Bandas de moteros

John Beyer y Wayne Humfleet

Versión 1.0

16.04.13



Título original: *Swoop Gangs*
Autor: John Beyer y Wayne Humfleet
Ilustraciones: Kathy Burdette y Doug Shuler
Publicado originalmente en *Star Wars Adventure Journal 6*
Publicación del original: mayo 1995
1 año después de la batalla de Yavin

Traducción: Javi-Wan Kenobi
Revisión: Bodo-Baas
Edición: Bodo-Baas
Base LSW v2.0

Declaración

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este relato ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars



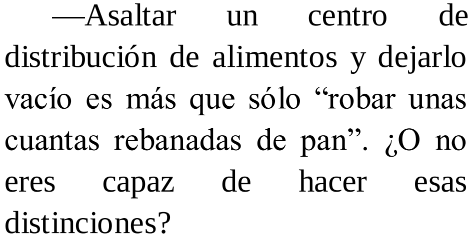
Los agudos aullidos de múltiples motores repulsores resonaron por las estrechas calles y callejones de Gallisport, anunciando otro enfrentamiento más entre las autoridades y los residentes locales. Perseguidas muy de cerca, dos barredoras repulsoras volaban a velocidades de vértigo. Los pilotos llevaban los colores rojo y negro distintivos de una banda de moteros local, los Mynocks Rabiosos. Las barredoras eran seguidas, peligrosamente cerca, por un par de transportes de personal con armamento ligero, con los motores esforzándose al límite. Los pilotos de barredoras aún no habían logrado despistar a los transportes en el laberinto de calles y edificios del distrito financiero abandonado, a pesar de algunas peligrosas maniobras.

Quayce, la piloto de pelo azabache en la barredora de cabeza, soltó un juramento entre sus dientes apretados y luego activó el auricular comunicador que llevaba puesto.

—¡¿Por qué no se marchan ya a casa?! —Exclamó al micrófono—. Total, todo lo que hicimos fue robar unas cuantas rebanadas de pan.

En la barredora que seguía, Roy ajustó los impulsores y se colocó junto a la barredora de Quayce antes de contestar.





—Asaltar un centro de distribución de alimentos y dejarlo vacío es más que sólo "robar unas cuantas rebanadas de pan". ¿O no eres capaz de hacer esas distinciones?

—No hago distinciones cuando estoy hambrienta —gruñó—. Además, esto lo empezaron ellos. Sólo porque unos cuantos trabajadores de fábricas estén en huelga no es motivo para detener la distribución de alimentos al resto de nosotros.

—Eso es irrelevante ahora —declaró Roy—. ¡Además, tenemos que regresar antes de que repartan

todo lo bueno!

Quayce se atrevió a echar un rápido vistazo por encima del hombro. Apenas 10 metros detrás de ellos zumbaban los dos transportes, con las letras “A.L.A.L.” visibles en un oscuro azul metalizado sobre el casco gris mate. Esto no estaba bien, pensó. Se suponía que las Autoridades Legales Autorizadas Legalmente (llamadas ALALs por las bandas) no mostraban tanta dedicación. Contratadas por un gobierno corrupto para mantener el control en lugares a los que las verdaderas fuerzas de seguridad tenían miedo de ir, las ALALs no resultaban ser otra cosa más que matones a sueldo. En algunos de los suburbios exteriores de Gallisport, las ALALs eran de hecho operadas por las mismas bandas y organizaciones criminales para cuya captura habían sido contratadas. A menos que estuvieran bien pagados, había pocos incentivos para que esa ayuda contratada arriesgase sus vidas hasta ese punto.

El asalto de hoy —por muy osada que fuera su naturaleza— había sido pequeño en comparación con las usuales revueltas por comida. Al atacar justo cuando los guardias del centro realizaban el cambio de turno, la banda había pillado por sorpresa a los defensores. Los Mynocks Rabiosos ya estaban de retirada cuando comenzó el contraataque. La banda se retiró y se dividió en grupos pequeños, permitiendo que los transportes de tierra escapasen con la comida robada. A estas alturas, los transportes ya deberían haber alcanzado sus diversos destinos y la distribución de alimentos a la población hambrienta ya habría comenzado hace un buen rato. Durante los 10 últimos minutos Quayce y Roy habían estado dirigiendo a los dos transportes de personal a una caza de gundarks salvajes, ganando tiempo adicional para los transportes. Normalmente, a estas alturas los ALALs ya se habrían rendido y habrían abandonado la persecución, pero esta vez se estaban tomando realmente en serio sus deberes. La idea de dar alimentos gratis a la gente hambrienta debía de haber tocado la fibra sensible de alguien en las altas esferas. Quayce estaba convencida de que en ese mismo momento alguien estaba tirando de hilos y reclamando favores para obtener una respuesta con tanta dedicación.

—Muelles de carga justo delante —exclamó Roy por el comunicador—. Tú mandas, Jefa.

Quayce se lo pensó sólo un instante antes de responder.

—Juguemos un poco a arriba y abajo. ¡Yo voy arriba!

Giró bruscamente a la izquierda, fuera de la calle principal, desapareciendo por la conexión de un túnel de servicio. Simultáneamente, Roy repitió la maniobra, pero viró a la derecha y giró hacia un túnel de servicio en el lado opuesto de la calle.

Predeciblemente, los transportes rompieron la formación, uno siguiendo a Quayce y el otro a Roy. Los túneles de servicio sólo tenían unos cinco metros de alto y no mucho más de ancho. Construidos principalmente como acceso subterráneo a los sistemas de cableado de energía y comunicaciones, el limitado espacio de los túneles impedían pensar en cualquier maniobra descabellada. Aunque los transportes portaban armas ligeras, no había mucho temor de que realmente llegase a abrir fuego. Estaban construidos para

control de masas, no para persecuciones a alta velocidad. Cualquier disparo probablemente no acertaría a las barredoras, más pequeñas y ágiles, y el drenaje de potencia provocaría que los transportes perdieran velocidad.

Los túneles continuarían descendiendo bajo los muelles de carga en una suave curva semicircular antes de volver a subir al nivel de la calle. Quayce abrió gas a fondo. Tras ella, el súbito cambio de tono del motor del transporte le indicó que las ALALs habían hecho lo mismo. Inclinándose sobre sus controles, Quayce ajustó su campo repulsor, ganando tanta altitud como pudo atreverse. A escasos centímetros sobre su cabeza, el techo pasaba disparado a una velocidad mareante. Quayce se permitió que una sonrisa cruzase sus labios firmemente cerrados, sabiendo que en ese mismo instante Roy estaría ejecutando una maniobra similar. Sin embargo, en lugar de ganar altitud, Roy estaría reduciendo su campo repulsor al mínimo posible, permitiendo que su barredora acariciase el suelo a una altura suicida.

El ascenso del túnel había comenzado, con la luz de última hora de la tarde señalando la salida justo delante. Conteniendo el aliento y tarareando mentalmente su melodía favorita, Quayce cruzó la salida como una exhalación, volviendo a la calle principal. Inmediatamente, giró con brusquedad a la izquierda, colocando su barredora en el centro del camino. La barredora de Roy surgió de su viaje subterráneo frente a ella, arrancando chispas al rozar el suelo de la calle. Con menos de medio metro de separación, Roy pasó directamente bajo la parte inferior de la barredora de Quayce. Inmediatamente giró a la derecha, sin atreverse a alzar la cabeza.

Sólo unos segundos después de ellos, dos transportes de personal surgieron de sus respectivos túneles a máxima velocidad. Incluso si los pilotos de los transportes blindados pudieran reaccionar, no tenían ningún lugar al que ir. De modo contundente y bastante espectacular, los dos vehículos trataron de ocupar la misma parte de la calle exactamente al mismo tiempo. El impacto causó una resonante explosión que rompió cristales y agitó edificios en más de un kilómetro a la redonda.

Aminorando hasta detenerse, los pilotos de ambas barredoras respiraron por fin y se incorporaron de sus posiciones agachadas. Volviendo la mirada al espectáculo de fuegos artificiales, Roy dejó escapar un grito que debería haber sido ensordecedor… si el rugido de la explosión les hubiera dejado intacta la audición. Quayce esperó a que su oído dejara de pitar antes de preguntar a Roy si quería ir a algún sitio a comer algo. Riendo con ganas casi tanto por el alivio como por auténtica diversión, aceleraron sus barredoras y se dirigieron a casa.

Una cosa curiosa que ocurrió en la cantina…

Roy alzó su copa en un brindis, con el líquido azul brillando antinaturalmente bajo la tenue iluminación de la cantina. Los otros siguieron su ejemplo, alzando sus bebidas.

—Que los Mynocks sepan cuidar de sí mismos, y de su hogar —proclamó con sus toscos modales. El resto respondió al brindis con una fuerte exclamación de ánimo antes de vaciar sus copas de un trago.

—Al menos la Zona Tres no pasará hambre esta semana después del asalto a ese centro de alimentos —intervino Quayce. Los demás Mynocks ocuparon sus asientos alrededor de la mesa con un murmullo de aprobación.



—Me alegro de que hayamos acabado con eso, estoy hambriento —dijo Roy como si tal cosa.

—Y lo estarás, Roy —respondió Quayce con una sonrisa.

El ruido de la cantina estaba a su volumen habitual: muy alto. Los Mynocks habitualmente acudían allí para celebrar el éxito de una misión contra la corrupción del gobierno de Gallisport. Sevron Ta, el astuto sullustano propietario de la Percha de Ta, se aseguraba de que los Mynocks Rabiosos siempre tuvieran una mesa. Además, tener a los protectores de la Zona Tres como clientes habituales era muy bueno para el negocio, proporcionando una sensación de seguridad al resto de parroquianos.

Un silencio inusual cayó sobre la cantina. Todos los ojos se dirigieron a la entrada, donde se encontraba un grupo de recién llegados. Llevaban los ponchos de color marrón claro como la arena de los Banthas Furiosos, una nueva banda que se había aliado con los Arañas para arrebatar a los Mynocks el control de la zona. El líder, un matón llamado Westwood, llevaba en la mano una bandera roja y negra; la bandera de los Mynocks Rabiosos.

—Os dije que no volvierais a mostrar vuestras caras en territorio Bantha, perdedores. Parece que no me habéis escuchado —dijo Westwood con voz nasal. Sus palabras resultaban casi ininteligibles por culpa del cigarrillo que sujetaba con firmeza entre sus dientes. Arrojando la bandera al aire, extrajo su bláster y disparó. La bandera se agitó en el aire y cayó, humeante, al suelo.

Roy y Quayce intercambiaron miradas, con una sonrisa asomando en sus rostros.

—Menudo idiota —dijo Quayce.

—Esto va a ser divertido —respondió Roy.

El desafío

—Va a hacer trampa —dijo Chop, con una seriedad inusual en su voz.

Quayce asintió con la cabeza. Se ajustó las gafas de sol sobre los ojos; al arrancar el motor, su barredora cobró vida con un rugido. El ruido de la barredora modificada ahogó los abucheos de la multitud. Esta no iba a ser una audiencia fácil de contentar. Por suerte,

el código del desafío mantenía a raya a los Arañas. Sabiendo que no interferirían, Quayce sólo tendría que preocuparse en caso de que perdiera. Se tomó un instante para ajustarse el cinturón de seguridad; no serviría de nada que se cayera antes de que comenzase la carrera.



Junto a ella, en su propia barredora, Dean Lado le hizo una mueca de desdén. Como la mayor parte de los Arañas, era engreído; una mezcla peligrosa cuando se combinaba con un corazón de hielo. Lado quería para sí el prototipo de barredora Honda Estelar, y haría cualquier cosa para poseerlo. ¿Cuántos de los Arañas habían desperdiciado sus vidas tratando de conseguir la barredora experimental y habían fracasado? Era difícil de decir.

Esta vez era distinto. El objetivo de Dean Lado no era la Honda Estelar en sí, sino la hija de Chop, Jardra. Jardra era una buena chica; Quayce desearía que no estuviera envuelta en este lío. La prometedora carrera como cantante de Jardra acababa de empezar con el lanzamiento de "Guerra de Trincheras", una canción de rock que ya estaba en la lista de canciones prohibidas por el Imperio.

—¡El cinturón no te servirá de nada! ¡Ya has perdido! ¿Por qué no me entregas los planos de la Honda Estelar y te olvidas de esto? —exclamó Lado con una sonrisa asomando en su boca.

—¡Eres un peligro motorizado, Lado! —replicó ella.

Quayce deseó estar tan segura de sí misma como aparentaba. Lado no sabía que ella pilotaba el prototipo de la Honda Estelar, el mismísimo premio que ansiaba. Sin embargo, él tenía una ventaja; Lado era un excelente corredor, y habitualmente ganaba de un modo u otro en cada carrera de barredoras de las bandas en la que participaba. Ella, por su parte, era una piloto competente, pero nunca había corrido en ninguna de las carreras anteriores. Sus únicas ventajas eran la Honda Estelar y un "ecualizador" especial que esperaba no necesitar. Debía mantenerse centrada. Lado era conocido por tender trampas a sus oponentes, y un error podría resultar fatal.

La única regla de la carrera era que no hubiera interferencias externas. El desafío era simple; tres vueltas alrededor del antiguo circuito de barredoras, que estaba cubierto de escombros por los años de abandono. No había forma de saber cuándo o dónde caería algún fragmento del estadio. Los pilotos debían confiar únicamente en su instinto para guiarles. Si Lado ganaba, obtendría los planos de la Honda Estelar, y Quayce renunciaría al liderazgo de los Mynocks. Si Quayce ganaba, Jardra les sería devuelta y Lado dejaría de ser el líder de los Arañas— El código del desafío obligaba al perdedor a aceptar el resultado. No hacerlo, supondría que toda la banda quedaría en desgracia.

El estadio quedó en silencio cuando dos corpulentos Arañas escoltaron a Jardra al centro de la pista llena de escombros. En cada mano, llevaba banderas con los colores de cada una de las bandas: roja y negra para los Mynocks, plateada y azul para los Arañas.

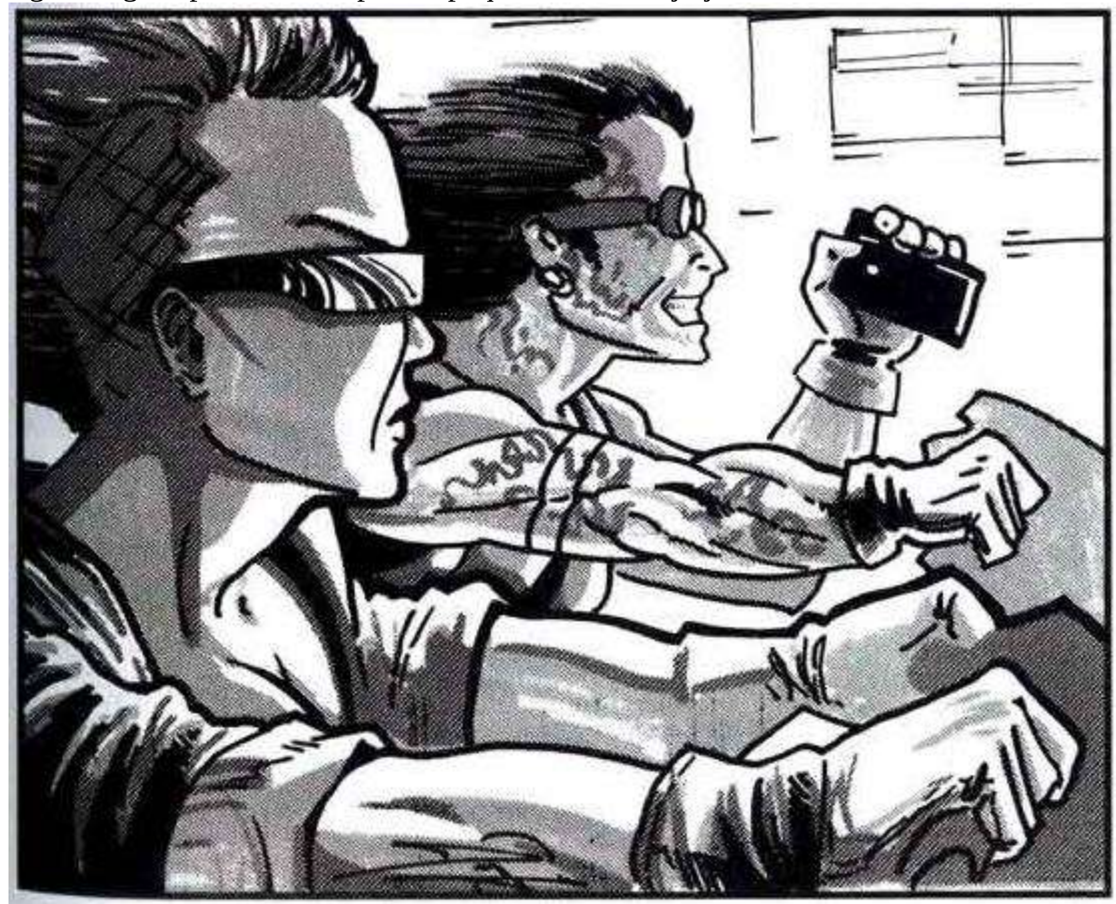
Asustada, miró a Quayce buscando apoyo. Quayce le hizo un gesto levantando los pulgares que llevó una pequeña sonrisa al rostro de Jardra. Indicó a ambos pilotos que se preparasen, alzando ambas banderas al aire sobre su cabeza. Quayce y Lado revolucionaron sus respectivos motores preparándose para la inminente señal. Chop retrocedió fuera de la pista, exclamando y gritando a pleno pulmón en apoyo de la líder de los Mynocks. Jardra miró a ambos pilotos. Entonces las banderas cayeron. Ambas barredoras salieron disparadas hacia delante con una ferocidad que sorprendió incluso a los miembros más veteranos de las bandas. La carrera había comenzado.

Lado se puso en cabeza con facilidad, maniobrando su barredora por encima y entre los obstáculos. Quayce se quedó atrás, pero no por mucho. La Honda Estelar se comportaba casi como una barredora normal. Sus impulsores especiales permanecerían latentes mientras no los activase. Chop le había advertido antes de la carrera que los usase sólo en caso de emergencia. Aunque la Honda Estelar podría adelantar con facilidad a la otra barredora, el primer y único viaje de prueba de su predecesora usando los impulsores había terminado en una feroz explosión. Si eso no acababa con Quayce, sin duda acabaría con los motores de la barredora. Tendría que arriesgarse a usar los impulsores como última opción.

La primera vuelta terminó con Lado en cabeza. En absoluto sorprendida, Quayce continuó en la carrera. En varias ocasiones Lado trató de obligarla a ir al extremo exterior de la pista, donde había mayor cantidad de escombros. Quayce consiguió permanecer fuera de esa zona de peligro, pero cada esfuerzo le había hecho perder terreno. Lado mostraba una sonrisa de suficiencia al comenzar la segunda vuelta. Aminoró bruscamente al entrar en la primera curva, haciendo chocar su barredora con la de ella. Una y otra vez las barredoras colisionaron cuando Lado trataba de empujar a Quayce contra las ruinas del estadio derrumbado.

Quayce ajustó sus controles, ajustando los daños menores. Por debajo de ella, el suelo pasaba a una velocidad de escándalo, haciendo que la pista y los espectadores se fundieran en un indistinguible borrón. Cuando los pilotos entraron en la vuelta final, Quayce se preparó para otro intento de Lado de obligarla a salir de la pista. Para su sorpresa, ni siquiera lo intentó. En lugar de eso, se mantuvo lejos de ella y ahora estaba

corriendo a máxima velocidad hacia la última curva. Persiguiéndole justo detrás, vio cómo Lado sacaba una pequeña caja del interior de su chaleco. La caja no mostraba ningún rasgo especial, salvo por un pequeño botón rojo justo en el centro.



—A ese juego pueden jugar dos —se dijo Quayce mientras extraía un pequeño dispositivo esférico del interior de su chaleco; el "ecualizador". Años de ganar carreras habían ayudado a Lado a dominar las técnicas de arrinconamiento, y salieron a la recta final, con él manteniendo el liderato. Apuntando con la pequeña caja delante de él, Lado presionó el botón rojo. De pronto, delante de ellos brillaron pequeñas luces verdes, anunciando visiblemente la presencia de un totalmente letal campo de minas repulsoras.

Las minas repulsoras, supuso Quayce, probablemente estaban ajustadas para detonar al sentir un segundo campo repulsoelevador. Lado pasaría disparado e, incapaz de maniobrar, Quayce seguiría a su estela, volando en pedazos al hacerlo. Quayce se preparó para activar los impulsores de la Honda Estelar, pero Lado había obtenido demasiada ventaja sobre ella, haciendo imposible un adelantamiento limpio.

Saboreando la victoria, Lado dejó que la caja negra se deslizase de su mano. Cayó al suelo, haciéndose pedazos al rebotar sobre la pista. Con una sonrisa triunfal, Lado miró por encima de su hombro para observar la reacción de Quayce. Quayce, sin embargo, había ignorado su última maniobra. Para sorpresa de Lado, estaba gritando algo, y sus palabras eran imposibles de distinguir. Ella le lanzó algo: el "ecualizador". Lado

palideció cuando la inconfundible forma de una granada magnética volaba hacia él y, con un golpe magnético, se quedaba pegada a su barredora. Lado comenzó a girar sin control, tratando sin éxito de soltar la granada magnética de su moto. Viendo su oportunidad, Quayce activó los impulsores. Con un brusco acelerón, Quayce pasó como un cohete junto a Lado justo cuando las barredoras entraban al campo de minas. Lado gritó con incredulidad cuando la primera mina detonó debajo de él. La fuerza de la explosión lo empujó aún más hacia las minas. Las minas restantes detonaron simultáneamente en una tremenda explosión que sacudió los cimientos del estadio. Una bola de fuego se abrió sobre la pista de barredoras, lanzando llamas a más de cien metros de altura. Quayce surgió de la bola de fuego, con el chaleco ardiendo y su barredora en llamas cuando la Honda Estelar se prendió fuego. Rápidamente cortó la energía a los impulsores y se desabrochó el cinturón de seguridad. Cuando la barredora cruzó la línea de meta, Quayce saltó al suelo, rodando sobre sí misma para extinguir las llamas de sus ropas. La Honda Estelar pasó rugiendo, chocó contra el muro del estadio, y estalló.

El desafío había terminado. Quayce había ganado y Dean Lado estaba muerto. Avanzó cojeando para reunirse con Chop y Jardra en un emotivo reencuentro.



—Cuando vimos el campo de minas, pensábamos que estabas acabada —dijo Chop—. ¿Qué es lo que hiciste para distraer a Lado?

—¿Recuerdas la granada magnética que los Arañas nos lanzaron la semana pasada? —preguntó—. Simplemente les he devuelto el favor.

Chop abrió los ojos como platos.

—Pero no funcionaba. Estaba defectuosa. Tú debías saber eso.

Sacudiéndose el hollín del chaleco, Quayce respondió:

—Yo lo sabía. Tú lo sabías. —Señalando por encima de su hombro a los restos en llamas que antes habían sido Dean Lado, dijo—: ¡Díselo al peligro motorizado!